

EL ARCO

Núm. 330 Cartagena 5 Julio 1921 Año XIV

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: DON JOAQUIN MATEO

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

Se reparte gratis

DEL MOMENTO

La Prensa y el terrorismo

No porque el muy digno Gobernador civil de Barcelona, señor Martínez Audo, se haya quedado con razón sobrada del proceder tendencioso y alarmista de ciertos periódicos al ocuparse del último «chispazo» terrorista—las «bombas» del pasado jueves—, es por lo que vamos a ocuparnos del tema que plantea nuestro epígrafe. También pensábamos hacerlo por nuestra cuenta. Y más, desde que en periódico tan «sencillo» — aunque tan ignorante — y tendencioso en las cosas de Barcelona, — como el «A. B. C.», vimos estas titulares tan alarmantes a toda página, sobre aquel suceso: «el recrudecimiento de la campaña terrorista».

Si ello no pasara de rotular una información más o menos fuera — a estilo de «la escuadrada» de antaño — y no tuviese resultados funestos de desaliento nacional, haciendo oír la especie del «fracaso» de cierta política gubernativa y prestándose al juego alarmista que se propone el terrorismo sindicalista agonizante... sería cuestión de reírse a mandíbula batiente y de presentar el caso como el colmo de una «reporteritis» aguda y ridícula.

Pero, no; no es para tomar a risa lo que, inconscientemente si se quiere, puede contribuir a dejar a Barcelona sin la «terapéutica» gubernativa que más ha temido el terrorismo, que promete acabar con él y que mejor ha allanado el camino a una legislación obrera constructiva y uni-

forme... si los Gobiernos se ocupasen de ella. Con la paz y tranquilidad recuperados, en buena parte, por nuestra ciudad y con la libertad garantida de nuestros obreros, no se juega, señores, por muy «A. B. C.» que sea!

A poco que se conozca lo que fué y como actuó el sindicalismo rojo en Barcelona y a lo que hoy viene quedando reducido, se advina a cien leguas su desaliento y su agonía, amén del porqué de ciertos gestos de verdadera desesperación.

A los agitadores de profesión, huidos, presos o eliminados, tiempo hace que sucedieron los terroristas de cuarta o quinta fila. Las pandillas organizadas y a sueldo para escoger víctimas, dictar y ejecutar sentencias, fueron sustituyéndose por elementos vagos y corrompidos, el detritus de toda ciudad cosmopolita, que ha tratado inútilmente y sin plan posible de suplantar el «negocio» terrorista. El crimen premeditado, metódico... e impune, es hoy cuando más el atentado al azar, aparatoso y vulgar que no necesita ni presupone organización alguna terrorista para que un malvado o loco lo perpetre.

Esto es lo cierto; y esto lo afirman cuantos conocen y han psicologizado un poco el problema del sindicalismo rojo en nuestra ciudad. De manera que la conclusión lógica y la pura verdad es esta: el terrorismo sindicalista está acéfalo y deshecho; no hay más «coordinación» que la del cohardo empedernido que se deja

desbalijar en plena normalidad por el más vulgar raterillo, ni más atentado que algún que otro «suceso» inevitable en poblaciones densas donde no faltan ladrones y asesinos.

Y esto, no obstante, hay empeño decidido por parte de algunos periódicos en «bombar» cualquiera de tales sucesos corrientes y referirlo a... no sabemos qué «recrudecimientos» de campañas terroristas que no son ya posibles. ¿Es justo ni tolerable tamaño proceder? Confesamos que en algún que otro colega, ello supone espíritu tendencioso y maquiavélico contra un gobernador dignísimo, por ruin pettifuerria o por avaricia de que los primates izquierdistas tengan «pasta» para uno de sus escándalos congresales, protección de vividores y asesinos; y que en los más es solo avaricia de información e inconsciencia lamentable. Pero, con todo y eso, ¿es lícito ni admisible tener así en jaque continúa a la verdad, a la paz de Barcelona y al acierto indiscutible de una actuación gubernativa seleccionadora y enérgica sin apasionamientos ni precipitaciones en el problema obrero-sindicalista?

Entendemos que no. Así se sirve a la ciudad, ni a la imparcial y verídica narración de sucesos. Se hace solo «bombar» infame a los residuos atomizados del terrorismo sindicalista, que a ciegas acometen donde pueden con vistas a dar golpes sensacionales que den fe aparatosa de vida... que por momentos se extingue. Y así, las «bombas» que más favorecen a los inicuos planes del terrorismo sindicalista agonizante, no son, por ejemplo, los vulgares artefactos estallados bajo las mesas del Continental y el Circolo de Cazadores, sino los relatos sensacionales y prepa-

ciones desmesuradas que dan a suceso el día siguiente los periódicos de referencia. Tal estado es el que se proponen los residuos del sindicalismo; y a fe que los logran de tanta inconsciencia periodística!

Mucho es que no anonjaban también a sus informaciones sobre «el problema terrorista» esos juegos callejeros de chiclelos del arroyo que ahora dan en «jugar a atentados»; y en los que por cierto nuestros guardias urbanos y municipales pudieran meter un poquito su mano, si quiera para corregir morbosas inclinaciones aunque chiquitadas sean.

¿No habrá de acabarse, señores periodistas, con tanto favorecer inconscientemente a estos últimos estremecimientos del terrorismo sindicalista en Barcelona?

Hagámonos con acuerdo y por convicción, y no intitulen «recrudecimiento» lo que no pasa de convulsiones extremas muy explicable, antes que la autoridad gubernativa, en legítima defensa propia, de la verdad en los sucesos y de la tranquilidad de Barcelona tenga que apelar a censuras radicalmente tales informaciones y exponerlas a ración de «censuras» oficiales o policíacas sobre tales hechos, que algunos más pueden registrarse todavía antes de darse por totalmente aniquilado el terrorismo sindicalista.

Y luego nos quejariamos la prensa de extralimitaciones ajenas, — y cuenta que no abogamos por ellas — sin tener en cuenta que antes las hubo propias, en muy poca consonancia con la realidad y significado de los hechos y harto favorables a los siniestros y desesperados planes sindicalistas, con los que hay que acabar en absoluto. Porque aquí, especialmente desde los madriles, pasamos muy fácilmente del llorar